

Respirar hondo, cerrar los ojos, apretar los puños. Un navajazo en la yugular, otros dos en el estómago. Adiós Andrés. Sé que voy a morir, pero una vida debería costar más que unos míseros cien euros, aunque para qué mentir, dada la situación, la mía debería costar lo que vale un paquete de Marlboro en Túnez, nada. No sé por qué me metí en este follón de tres pares de narices. ¿Para qué? Para pagar algo en lo que ni siquiera sé si iba a tener futuro, para esta basura la voy a palmar en menos de un minuto. ¿Y sabéis lo que más me jode de todo esto? Que ni siquiera me importa.

Hace varios años que estoy metido en el tema de la droga, es complicado no estarlo en la zona en la que me ha tocado vivir. Todos mis antiguos compañeros de instituto saben que, si no te metes durante la época de la primaria tarde o temprano tendrás que pringar. Aquí no hay reglas ni momentos para madurar, eso llega cuando naces en el barrio. Después ya no hay vuelta atrás. Tu madre conoce a un apuesto señor que posee un Seat Toledo y una roñosa furgoneta blanca (una fortuna para ella), y ya se cree en pleno derecho de traerte al mundo. Sin preguntar. Tú naces y te encuentras en medio de esta pocilga, de la que no puedes salir si no es gracias al dinero, y ni eso.

Mi amigo más fiel, Joaquín, siempre ha sido un hombre de fiar, de esos que ya solo se ven en las películas, desde que tengo uso de razón me ha acompañado en todos mis problemas y ha estado siempre defendiendo al grupo. Nunca le ha temblado el pulso cuando tiene que dar la cara por los suyos. Siempre se echaba a reír cuando le contaba que quería seguir estudiando para salir del barrio y para tener contento a mi padre, con el que, aunque suene raro, jamás he tenido un conflicto. Recuerdo el día que le dije a Joaquín que quería estudiar el bachillerato, el cachondeo fue inmenso. Nadie me tomaba en serio y menos él. Todos me decían que si seguía estudiando no era por las excusas tan idiotas que les daba, sino porque era un pringao que no mojaba ni pagando y que en la clase de Primero de Sociales estaban las tías más buenas del instituto. Para qué mentir, en parte era cierto, si seguí, fue por Eva, la chica más brutal que he conocido, la cual me convenció a

regañadientes. En aquellos tiempos era tan iluso e ignorante que deseaba demostrarme a mí mismo que algún día sería tan bueno como para desnudarla en la cama de una casa que me perteneciese por completo. Pero la cosa se torció y todos mis planes fracasaron. Por eso estoy aquí, medio muerto, desangrándome en la esquina más apestosa de esta ciudad e imaginándome el olor de Eva esparcido en mi cama.

El olor a tabaco rancio daba un aire decadente al coche de aquel desconocido con pintas de no tener ni idea de lo que le acababa de pasar. Tenía que actuar rápido si quería llevarme la pasta, no dejar rastro hasta que Eva se juntase conmigo en la esquina de siempre. Había reunido 100.000 euros en efectivo después de entregar la coca a El Cordobés. Ya era la quinta vez que lo hacía gracias al poder de persuasión de Joaquín sobre los jefes del cotarro y su creciente influencia en el mundillo. Nunca le había fallado en temas de dinero, hasta ahora. No me preguntéis porqué esa precisa semana, ni ese preciso momento. Sólo lo hice, miré hacia atrás, mi pasado, recordé esos mismos colores corroídos de las fachadas, las peleas y la sangre, solo quería largarme de allí con Eva y empezar una buena vida, aunque fuera con esas migajas, pero ya era algo, era la puerta que necesitaba para la felicidad. Todavía me pregunto si los buenos caminos se empiezan con una traición, pero visto lo visto, si naces en un determinado sitio, te toca abrirte paso a puñetazos.

Un minuto de espera en estas circunstancias es interminable, dos se hacen eternos. Eva no estaba, no había nadie. ¿Se habría asustado en el último momento? Quién sabe, al fin y al cabo, solo era una niña que quería estudiar para enfermera y que, si quisiese, tendría a todos los tíos del mundo en bandeja. ¿Para qué iba a huir con un matón de tres al cuarto en un coche robado? ¿Por la mísera cantidad de cien mil euros? Mis pensamientos se agolpaban uno detrás de otro cuando sentí en mi hombro derecho un dolor infernal, ardiente. El olor de mi propia sangre llegó hasta mis narices. Alguien me había disparado.

- ¡Rata! ¡Sal del puto coche!

Era Joaquín, encolerizado. En su mano derecha empuñaba una pistola negra, casi diminuta, y en la izquierda una navaja siete muelles que en ese momento me pareció gigantesca.

- ¿Creías que la cobarde de mi hermana no me iba a contar tus asquerosos planes?

Abrió la puerta con una rapidez increíble, me cogió la cabeza con furia y me arrastró fuera del coche, intenté oponerme en vano, pero las cuatro patadas que me dio en el costado fueron suficientes para tumbarme en el asfalto. Intenté vocalizar como pude.

-Déjame en paz, solo quería...

- ¿Creías que ibas a largarte con la pasta? ¿Qué ibas a dejarme con el culo al aire? Más de diez años trabajando juntos y me las pagas así. ¿Pero sabes qué?

Me cogió de nuevo por el pelo y arrimó su boca a mi oído.

-Vales menos que una cucaracha, me daban mucho más por encontrarte y matarte, pero he decidido que cien euros son más que suficiente para verte podrido en una fosa. Quiero que lo sepas antes de irte al otro barrio.

Mi cabeza rebotó de nuevo contra el asfalto. Todo a mi alrededor daba vueltas, me cegaba el sudor y la sangre. Tenía que aceptar mi destino. Tras la primera puñalada en el estómago pensé en mi padre solo unos pocos días atrás, a la hora de comer, después de que colocase cuidadosamente el mantel que le regaló su madre, su forma de coger los cubiertos, su manera tan inocente de mirarme a los ojos sin saber nada sobre el animal que tenía delante. Sentí alivio. Al menos mi desaparición

serviría de algo, terminar así es mejor para todos, mi ausencia no iba a ser tan dura, lo superaría. Después de la segunda puñalada recordé las clases en el colegio. Las risas de los niños en los patios, los juegos, los gritos. Cuando me cogió del cuello pensé en Eva, siempre estaba tan guapa cuando llevaba esa diadema blanca sobre su pelo negro. Ahora más que nunca necesitaría mi ayuda. Pero la soledad en los momentos más duros es el precio que debemos pagar por la traición. Mientras me desangraba en el suelo, agarrándome como podía la garganta, miré fijamente a Joaquín, me vi a su lado caminando por las calles que tanto odiábamos, jugando al fútbol en los campos de barro, celebrando nuestras fiestas de cumpleaños juntos, disfrutando de nuestras últimas borracheras. Mi hora llegaba. Me di cuenta del error cuando apenas me quedaba oxígeno: había traicionado mi infancia, mi esencia, el Andrés que iba a morir no era yo. Cerré los ojos hasta que dejé de sentir mi cuerpo. Era el momento que había deseado toda mi vida, escapar, ir a otra parte, por fin iba empezar de nuevo.